

ENTREACTOS

SEMANA COMPLETA

Por Ramón Vasconcelos

NO todo iba a ser, como en el soneto autumnal, "público errante, municipal y espeso". El del sábado, en Prado, era sobre todo alegre, alborozado por el brillante desfile de Carnaval. Justo Luis, que ya se había lucido en la Avenida de los Presidentes, iluminándola después de cincuenta años de oscuridad y de hacerse correr mucha tinta para que sacaran de las tinieblas el monumento al general José Miguel Gómez, erigido por suscripción popular; después de esa hazaña, como atenuación del ajeno desaguizado de la Plaza de Armas —que seguramente será reparado a tiempo— se propuso ofrecer a la Ciudad unas fiestas carnavalescas dignas de su tradición. La compañía de películas que llevará a todas las pantallas del mundo la impresión de esos festejos como propaganda turística escogió la mejor oportunidad para filmar con su colorido y animación el popular espectáculo.

La Habana entera se desbordó por las calles en una tarde sin frío y sin llovizna. Era el primer desfile de la temporada. Numerosos alumnos de uno y otro sexo de universidades y colegios norteamericanos en traje deportivo, precedidos de sus respectivas bandas, tenían que aumentar la curiosidad de los habaneros, como las espléndidas carrozas, en una de las cuales hacían su aparición la reina y sus damas. (Se recordaba el paseo de la primera reina y su corte: una obrerita, cuyas damas de honor eran todas muchachas de familias pudientes. Don Julio de Cárdenas, el *alcalde modelo*, había importado la Mi-Careme, con su reina de origen modesto y la magnificencia de su efímero reinado).

La colonia china reprodujo por enésima vez la batalla del dragón, con su ingenuo simbolismo —mientras las miradas del universo se concentran en Formosa, donde ya nadie cree en los maleficios del dragón, a no ser que disponga de bombas de hidrógeno. Este secreto sólo podrían revelárnoslo Chiang Kai Shek o Mao Tse Tung.

¿Quedarán dragones en las islas Tachen, en Quemoy y en Matsu, o los habrá domesticado la Séptima Flota?

Un coro con gaitas, panderetas y tamboriles entonaba canciones de *miña terra*, pero mozos y mozas habían nacido en Guanajay, Bauta y San Antonio de los Baños, hijos de españoles. El simulacro era perfecto. A orillas del Miño no se bailó más alegre muñeira.

Los masones de Cárdenas dieron una buena nota de organización y disciplina. Pero la nota impresionante de disciplina y organización la dió una academia militar que es orgullo de Cuba y puede hombrarse con las mejores de su clase de cualquier país: la Academia Militar del Caribe, dirigida por el general García Tuñón y sus hermanos. ¡Qué marcialidad, qué precisión en los movimientos, qué gran promesa cubana en la energía y espíritu militar de aquellos doscientos jóvenes que marcharon bizarramente por el Prado la noche del sábado!

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Detrás, en la media noche, las comparsas, multicolores, con farolas más pintorescas que nunca, con trajes costosos y nombres significativos. Pero... no me parecieron comparsas. Por lo menos, no me parecieron las viejas comparsas. Estaban demasiado bien vestidas, mixtificadas, excesivamente correctas para justificar el nombre de *marqueses* y *dandys*. "El alacrán" y "Las bolleras" o "Las jardineras" ni aun tenían cantos propios. Cantaban "el negrito del batey" o adaptaban un cha-cha-chá cualquiera. Es decir, cantaba con voz bronca uno solo. Lo demás lo hacía el cornetín. La comparsa había perdido su mayor pintoricidad: el canto, el traje y el baile propios. Lo único que disculpaba el regreso a los días del barracón y del solar, como válvula de escape al plusdolor, eran los coros a grandes voces, cargados de malicia o de nostalgia, los bailes ensayados noches y noches en horas robadas al sueño y al descanso; y los trajes colorinescos adquiridos con grandes sacrificios, peso a peso, ahorrados durante meses o sacados de la casa de empeños.

En el desfile de comparsas del sábado lo único llamativo eran las farolas, hechas exprefeso como para las cámaras de la Century Fox. Un ojo criollo no podía engañarse. Allí había precipitación. Se necesitaba un espectáculo que divirtiera a los turistas, y se improvisaron las comparsas, sin voces, sin danzas, sin el frenesí selvático de la arrolladera. En Santiago de Cuba las comparsas no han perdido todavía su carácter; arrollan y cantan de verdad. Son, como las de Río de Janeiro, válvulas de escape del pueblo en masa.

En una época de mambos, rumbas abiertas y cha-cha-chás, en que escenarios, carrozas y salones trepidan bajo los cálidos sacudimientos de las parejas o de bailarines enardecidos por la música moderna, dar pasitos tímidos fuera de lugar y dejar por única voz la del cornetín, sin coros ni resonancias de fondo, es ridículo como peculiaridad de las comparsas. O ser fieles a su tradición, o abolirlas. Porque en fin de cuentas es la única expansión de la pobre gente del solar y el barracón, y si encima de mantenerlas como rezago de otros tiempos, se adulteran, mejor es que desaparezcan, como todo lo que recuerde la ignominia de la esclavitud.

La semana de Justo Luis se cerró con el grandioso acto del "América". Semana completa.

Alerta, feb. 21/1955



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA